

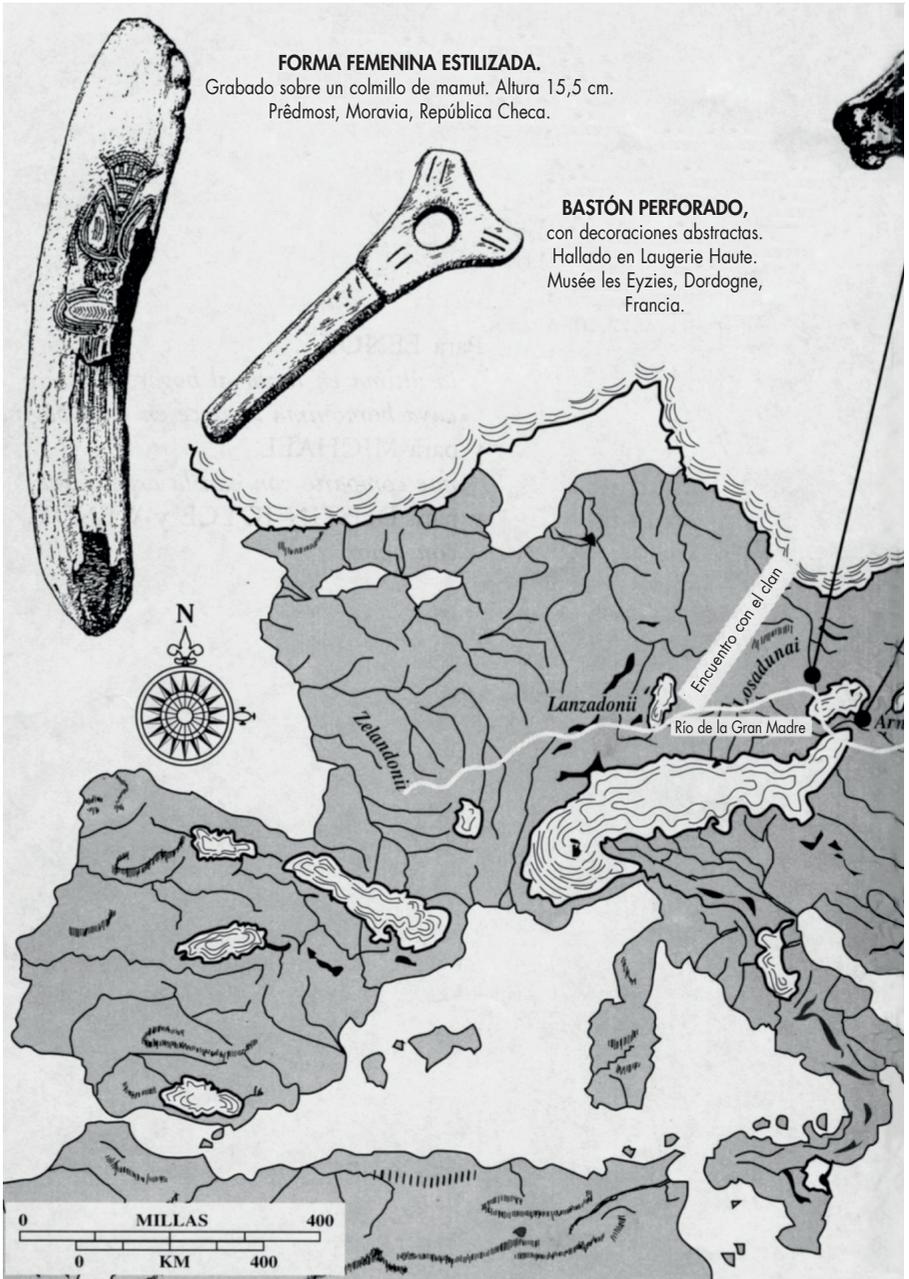
LOS HIJOS DE LA TIERRA®

Jean M. AUUEL



Las llanuras del tránsito

MAEVA
RED



LOS HIJOS DE LA TIERRA®

EUROPA PREHISTÓRICA DURANTE LA EDAD DE HIELO

Extensión del hielo y cambios de la costa durante el período interstadial de 10 000 años, una tendencia al calentamiento durante la glaciación Würm del Pleistoceno tardío que se extiende desde los 35 000 a los 25 000 años antes del momento actual.



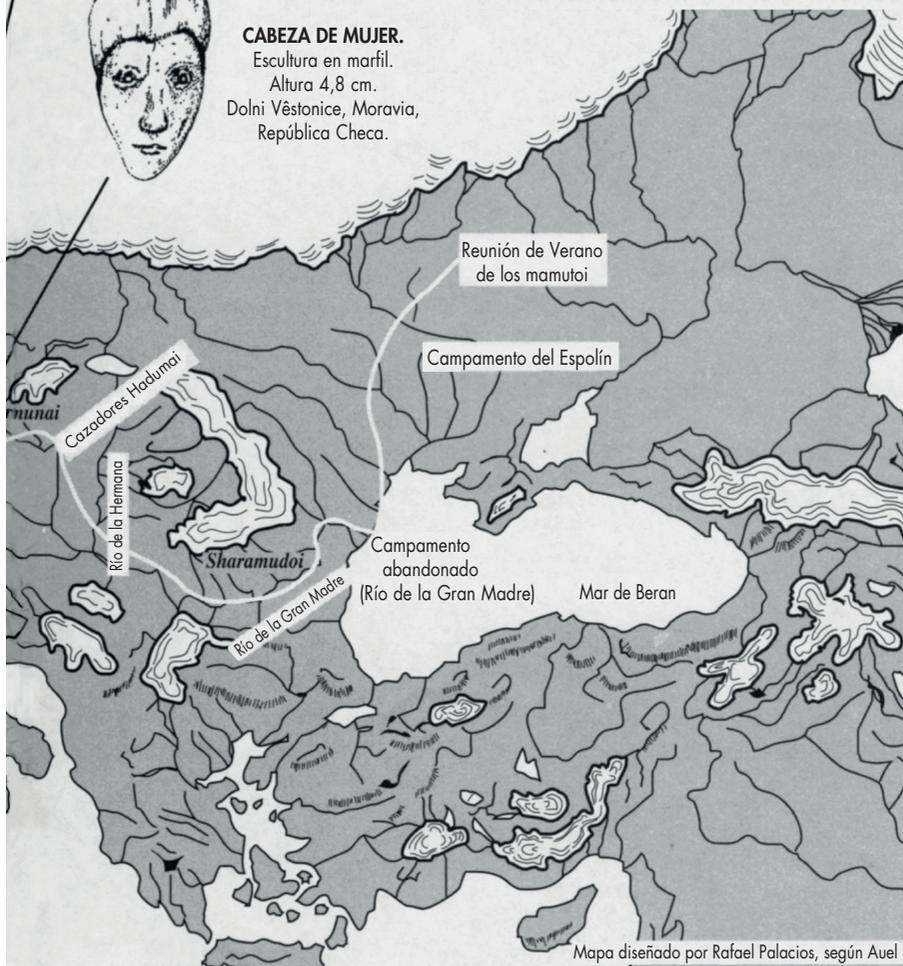
CABEZA DE LEONA.

Pequeña escultura en barro cocido. Altura 4,5 cm.
Dolní Věstonice, Moravia,
República Checa.



CABEZA DE MUJER.

Escultura en marfil.
Altura 4,8 cm.
Dolní Věstonice, Moravia,
República Checa.



Mapa diseñado por Rafael Palacios, según Auel



1

La mujer vislumbró un movimiento a través de la bruma polvorienta que había frente a ella y se preguntó si sería el lobo, al que antes había visto brincar en aquella dirección.

Miró a su compañero con gesto preocupado y después buscó de nuevo al lobo, esforzándose por ver a través de la polvareda.

—¡Jondalar! ¡Mira! —dijo señalando al frente.

Hacia su izquierda, los perfiles imprecisos de varias tiendas cónicas eran apenas visibles a través del viento seco y polvoriento.

El lobo estaba siguiendo a dos criaturas de dos patas que habían aparecido entre el aire turbio y llevaban dos lanzas que apuntaban directamente hacia ellos.

—Ayla, creo que hemos llegado al río, pero me parece que no somos los únicos que queremos acampar aquí —dijo el hombre, tirando de las riendas para detener a su caballo.

La mujer indicó a su yegua que se detuviera con una presión de las piernas, una fuerza sutil que era consecuencia de un acto reflejo.

Ayla oyó un gruñido amenazador que brotaba de la garganta del lobo y vio que su postura había pasado de una actitud defensiva a otra más bien agresiva. ¡Estaba preparándose para atacar! La mujer emitió un sonido áspero y peculiar, semejante al grito de un ave, aunque de ninguna de las aves conocidas. El lobo suspendió su aproximación y avanzó hacia la mujer montada a caballo.

—¡Lobo, quédate cerca! —dijo ella, al mismo tiempo que hacía una señal con la mano. El lobo trotó junto a la yegua de color amarillo pardo, mientras el hombre y la mujer se acercaron lentamente, montados en sus caballos, a las personas situadas entre ellos y las tiendas.

Un viento racheado y caprichoso, que mantenía en suspensión la tierra de fino loess, remolineaba alrededor de ellos y hacía confusas

las imágenes de aquellos que portaban lanzas. Ayla alzó una pierna y desmontó. Se arrodilló al lado del lobo. Apoyó un brazo sobre el lomo del animal y otro sobre su pecho, para tranquilizarlo y retenerlo si fuera necesario. Podía sentir el gruñido que rumoreaba en su garganta y la ansiosa tensión de los músculos dispuestos para el salto. Ayla miró a Jondalar. Una delgada película de polvo cubría los hombros y los largos cabellos color de lino del hombre de elevada estatura y confería al pelaje de su montura, de una tonalidad marrón oscuro, el color leonado más usual de su resistente raza. Ella y Whinney tenían el mismo aspecto. Aunque aún estaban a principios del verano, los fuertes vientos que provenían del gigantesco glaciar del norte ya estaban secando las estepas en una ancha faja al sur del hielo.

Ayla percibió que el lobo estaba tenso y que presionaba sobre su brazo; fue entonces cuando vio que otra figura aparecía detrás de los portadores de lanzas, llevaba los ropajes ceremoniales propios de Mamut, pintados y decorados con símbolos enigmáticos, y usaba una máscara con cuernos de bisonte.

El Mamut les apuntó con su báculo, agitándolo vigorosamente, y gritó:

—¡Fuera, malos espíritus! ¡Abandonad este lugar!

Ayla pensó que la voz que provenía de detrás de la máscara se asemejaba a la de una mujer, pero no estaba segura; de todos modos, había hablado en mamutoi. El Mamut se abalanzó hacia ellos agitando de nuevo el cayado, mientras Ayla retenía al lobo. Justamente después, la figura disfrazada comenzó a cantar y bailar, mientras agitaba el cayado y saltaba rápidamente hacia ellos, para retroceder otra vez, como si intentara asustarlos o alejarlos, aunque solo lograba atemorizar a los caballos.

Lobo parecía a punto de atacar. La joven se sorprendió porque los lobos rara vez amenazaban a la gente. Pero los había observado con frecuencia cuando aprendía todo lo necesario para cazar, y sabía que estos animales se mostraban afectuosos y fieles solo con su propia manada. Se apresuraban a expulsar de su territorio a los extraños, y se conocían casos en que habían luchado con otros lobos para proteger lo que consideraban su dominio exclusivo.

Para el minúsculo cachorro de lobo que ella había encontrado y llevado a la guarida mamutoi, el Campamento del León era su manada; para él, otras personas eran simplemente lobos forasteros. Había gruñido a humanos desconocidos que llegaban de visita,

cuando aún no había madurado. Ahora, en territorio desconocido, quizá el territorio de otra manada, era natural que adoptase una actitud defensiva en cuanto veía a extraños, y sobre todo a extraños hostiles armados con lanzas. ¿Por qué la gente de aquel campamento blandía sus lanzas?

A Ayla le pareció encontrar en los cánticos algo conocido; después comprendió de qué se trataba. Las palabras pertenecían a la lengua arcaica sagrada que solo entendían los mamutoi. Ayla no la comprendía por completo. Mamut apenas había comenzado a enseñarle el idioma antes de que ella se marchara, pero advirtió que el significado del canto estridente era esencialmente el mismo que el de las palabras proferidas antes, aunque los términos usados fueran un poco más suaves. Consistía en una exhortación a los espíritus del pueblo de los lobos y los caballos para que se alejaran y les dejaran en paz, a fin de que regresaran al mundo de los espíritus al que pertenecían.

En idioma zelandoni, de modo que la gente del campamento no la entendiese, Ayla explicó a Jondalar lo que el Mamut decía:

—¿Creen que somos espíritus? ¡Naturalmente! —observó Jondalar—. Debería haberme dado cuenta. Nos temen. Por eso nos amenazan con lanzas. Ayla, tendremos este problema siempre que nos encontremos con gente en el camino. Ahora estamos acostumbrados a los animales, pero la mayoría de la gente siempre pensó que los caballos o los lobos eran solo comida o pieles.

—Los mamutoi de la Reunión de Verano al principio también estaban inquietos. Les llevó un tiempo acostumbrarse a la idea de tener cerca a los caballos y a Lobo, pero finalmente lo consiguieron —dijo Ayla.

—Cuando abrí los ojos por primera vez en la caverna de tu valle, y te vi ayudando a Whinney que daba a luz a Corredor, pensé que el león me había destruido y que yo había despertado en el mundo de los espíritus —dijo Jondalar—. Quizá yo también debería desmontar, para demostrarles que soy hombre y que no estoy unido a Corredor como si fuera una especie de espíritu hombre-caballo.

Jondalar desmontó, pero sostuvo en la mano la cuerda unida al freno que él mismo había fabricado. Corredor sacudía la cabeza y trataba de apartarse del hombre que se acercaba, sin dejar de agitar el cayado y cantando a voz en cuello. Whinney estaba detrás de la mujer arrodillada, con la cabeza inclinada, tocándola. Ayla no usaba

cuerdas ni frenos para guiar a su caballo. Dirigía a su cabalgadura solamente con la presión de sus piernas y los movimientos del cuerpo.

Al oír algunos fragmentos del extraño lenguaje que los espíritus hablaban y ver que Jondalar desmontaba, el hechicero cantó en voz aún más alta, rogando a los espíritus que se alejasen, brindándoles ceremonias y tratando de aplacarlos con la promesa de ofrendas.

—Creo que deberías decirles quiénes somos —observó Ayla—. Ese Mamut está muy preocupado.

Jondalar sostuvo la cuerda cerca de la cabeza del corcel. Corredor, asustado, trataba de retroceder, y el Mamut, con su cayado y sus gritos, no mejoraba la situación. Incluso Whinney comenzaba a espantarse, a pesar de que era una yegua de temperamento más sosegado que su brioso retoño.

—No somos espíritus —gritó Jondalar cuando el Mamut se detuvo para tomar aliento—. Soy un visitante, un viajero que hace su viaje, y ella —señaló a Ayla— es una mamutoi, del Hogar de los Mamuts.

Los que estaban enfrente se miraron unos a otros con expresión de duda, y el Mamut cesó de gritar y bailar, aunque continuaba agitando de cuando en cuando el cayado, mientras los observaba. Quizá los espíritus les engañaban, pero por lo menos se habían visto obligados a hablar en una lengua que todos podían entender. Finalmente, el Mamut habló:

—¿Por qué tenemos que creerlos? ¿Cómo sabemos que no intentáis engañarnos? Dices que ella viene del Hogar de los Mamuts, pero ¿dónde está su señal? No tiene tatuaje en la cara.

—Él no ha dicho que yo fuera una Mamut —intervino entonces Ayla—. Ha dicho que pertenecía al Hogar de los Mamuts. El viejo Mamut del Campamento del León estaba adiestrándome antes de que yo partiese, pero mi instrucción aún no ha terminado.

El Mamut se alejó unos pasos para conferenciar con una mujer y un hombre; después regresó.

—Este —dijo, señalando a Jondalar— es, como él mismo dice, un visitante. Aunque habla bastante bien, tiene el acento de una lengua extranjera. Pero la mujer dice que es mamutoi, y hay algo en su forma de hablar que no es mamutoi.

Jondalar contuvo la respiración y esperó. En efecto, Ayla hablaba de una manera especial. No podía emitir ciertos sonidos y el modo de pronunciarlos era extrañamente personal. Se entendía perfectamente lo que decía y la entonación no resultaba desagradable

—a Jondalar más bien le complacía—, pero la diferencia era perceptible. No era precisamente el acento de otra lengua; era algo más que eso, y distinto. Sin embargo, no dejaba de ser eso: un acento, pero de una lengua que la mayoría de la gente no había escuchado y que ni siquiera reconocería como lenguaje. Ayla hablaba con el acento de la lengua difícil, gutural y con limitaciones vocálicas del pueblo que había recogido a la niña huérfana y la había criado.

—No nací en el pueblo de los mamutoi —dijo Ayla, siempre refrenando a Lobo, pese a que su gruñido había cesado—. Fui adoptada por un Hogar de los Mamuts y por el propio Mamut.

Se produjo entonces un agitado murmullo originado por los diálogos entre la gente y una nueva consulta privada entre el Mamut, la mujer y el hombre.

—Si no perteneces al mundo de los espíritus, ¿cómo controlas a ese lobo y consigues que los caballos te soporten sobre el lomo? —preguntó el Mamut, que había decidido concretar la aclaración.

—No es difícil conseguirlo, si uno los recoge cuando son muy jóvenes —contestó Ayla.

—Por lo que dices, parece muy sencillo. Pero no creo que sea tan fácil.

Aquella mujer no podía engañar a un Mamut que también pertenecía al Hogar de los Mamuts.

—Yo vi cómo ella trajo al cachorro de lobo a nuestro refugio. —Trató de explicar Jondalar—. Era tan pequeño que aún mamaba, y yo estaba seguro de que moriría. Pero ella lo alimentó con pequeños trozos de carne y caldo, y se despertaba en medio de la noche para atenderlo como se hace con un niño de pecho. Y cuando el lobo vivió y comenzó a crecer, todos se sorprendieron, pero eso fue solo al principio. Después, le enseñó a obedecer, a no orinar ni defecar en el refugio, ni morder a los niños, aunque ellos le hicieran daño. Si no lo hubiese visto, no habría creído que un lobo pudiese aprender y comprender tanto. Por supuesto que se necesita mucho más que encontrarlo de pequeño. Lo atendió como si hubiese sido su hijo. Es una madre para este animal y por eso hace lo que ella quiere.

—¿Y los caballos? —preguntó el hombre que estaba de pie, al lado del hechicero. Había estado mirando fijamente al brioso corcel, así como al hombre alto que lo dominaba.

—Sucede lo mismo con los caballos. Uno puede enseñarles si los encuentra pequeños y los cuida. Se necesita tiempo y paciencia, pero aprenden.

La gente había bajado las lanzas y escuchaba ahora con mucho interés. Nadie había oído a los espíritus hablar en lenguaje común, aunque las explicaciones acerca de servir de padres a los animales eran el tipo de extraña conversación que caracterizaba a los espíritus, palabras que no significaban precisamente lo que aparentaban.

De pronto la mujer del campamento habló.

—Nada sé sobre eso de ser una madre para los animales, pero lo que sí sé es que el Hogar de los Mamuts no adopta a extraños y los convierte en mamutoi. No es un hogar común. Está consagrado a Los Que Sirven a la Madre. Las gentes eligen el Hogar de los Mamuts o son elegidas. Tengo parientes en el Campamento del León. Mamut es muy viejo, quizá el hombre más viejo que aún vive. ¿Por qué querría adoptar a alguien? Y no creo que Lutie lo hubiese permitido. Es muy difícil creer lo que decís, y tampoco sé por qué tenemos que creerlos.

Ayla percibió algo ambiguo en el modo de hablar de la mujer, o más bien en la sutil postura corporal que acompañaba a sus palabras: la rigidez de la espalda, la tensión de los hombros, la expresión ansiosa. Parecía que estuviese previendo algo desagradable. Y de pronto, Ayla comprendió que no era una equivocación verbal; la mujer había incluido con toda intención algo falso en su declaración; en su pregunta había deslizado una trampa sutil. Pero de acuerdo con el pasado tan particular de Ayla, la trampa era clara y evidente.

Los que habían criado a Ayla, el pueblo llamado cabezas chatas, que se autodesignaban con el nombre de clan, se comunicaban con profundidad y exactitud, aunque no principalmente con palabras. Pocas personas advertían que en realidad poseían una lengua. Su capacidad de expresión era muy limitada, y a menudo se les desacreditaba, afirmando que eran inferiores a los humanos, animales que no sabían hablar. Utilizaban una lengua de gestos y signos, pero no por ello esta era menos compleja.

La cantidad relativamente reducida de palabras utilizadas por el clan —palabras que Jondalar casi no lograba reproducir, del mismo modo que ella no era totalmente capaz de pronunciar ciertos sonidos en zelandoni o mamutoi— dependían de un tipo peculiar de vocalización y solían usarse para subrayar algo o para mencionar los nombres de las personas o las cosas. Los matices y los detalles más sutiles del sentido se indicaban mediante la actitud, la postura y los gestos faciales, que conferían profundidad y diversidad a la lengua, exactamente como sucede con los tonos y las inflexiones en el lenguaje verbal.

Pero al utilizar medios tan directos de comunicación, era casi imposible expresar una mentira sin revelar el hecho; no podían mentir.

Ayla había aprendido a percibir y comprender las sutiles señales del movimiento corporal y la expresión facial mientras aprendía a hablar con signos; todo aquello era necesario para alcanzar una absoluta comprensión. Cuando estaba aprendiendo a hablar de nuevo con sonidos articulados con Jondalar y adquiriría mayor fluidez con el mamutoi, Ayla descubrió que percibía las señales involuntarias contenidas en los leves movimientos faciales y la postura incluso de la gente que hablaba con palabras, aunque el propósito de dichos gestos no era representar una parte de lo que se decía.

Descubrió que comprendía más que las palabras, aunque esto al principio le causaba cierta confusión y un poco de inquietud, porque las palabras pronunciadas no siempre coincidían con las señales emitidas, y ella nada sabía de las mentiras. Lo que más se podía aproximar a la negación de la verdad era abstenerse de hablar.

Con el tiempo, llegó a saber que a menudo ciertas mentiras leves tenían el carácter de cortesías. Pero cuando llegó a entender el humor —que generalmente dependía de que se dijese una cosa que en realidad significaba otra—, de pronto aprendió el carácter del lenguaje hablado y de la gente que lo usaba. Entonces su capacidad para interpretar las señales inconscientes agregó una dimensión inesperada a sus habilidades verbales en desarrollo: una percepción casi misteriosa de lo que la gente realmente quería decir. Esto le concedió una ventaja poco común. Aunque ella misma no sabía mentir, excepto por omisión, por regla general captaba enseguida cuándo otro no decía la verdad.

—Cuando estuve en el Campamento del León nadie se llamaba Lutie. —Ayla había decidido hablar con franqueza—. Tullie es la jefa y su hermano Talut es el jefe.

La mujer asintió imperceptiblemente, mientras Ayla continuaba hablando.

—Sé que una persona generalmente está consagrada al Hogar del Mamut, y que no se la adopta. Talut y Nezzie fueron los que me lo pidieron, y Talut incluso agrandó su caverna para formar un refugio especial en invierno destinado a los caballos, pero el viejo Mamut les sorprendió a todos. Durante la ceremonia, me adoptó. Dijo que yo pertenecía al Hogar del Mamut y que había nacido para él.

—Si llevaste esos caballos contigo al Campamento del León, entiendo por qué el viejo Mamut dijo eso —afirmó el hombre.

La mujer lo miró irritada y dijo unas pocas palabras por lo bajo. Después, las tres personas volvieron a hablar entre ellas. El hombre había llegado a la conclusión de que los extraños probablemente eran personas y no espíritus que tendían trampas —o que, si lo hacían, por lo menos no eran peligrosas—, pero no creía que fuesen lo que afirmaban ser. La explicación del hombre alto para aclarar la extraña conducta de los animales era demasiado sencilla, pero le interesaba. Los caballos y el lobo le intrigaban. La mujer sentía que los forasteros hablaban con excesiva fluidez, explicaban muchas cosas, eran demasiado francos, y estaba segura de que en el asunto había más de lo que cualquiera de ellos decía. No confiaba y no quería saber nada de ellos.

El Mamut los aceptó como humanos solo después de concebir otra idea que, para quien entendía esas cosas, hacía que resultase más plausible el comportamiento extraordinario de los animales. Estaba seguro de que la mujer rubia era una poderosa visitante, y el anciano Mamut seguramente sabía que aquella mujer había nacido con un extraño control sobre los animales. Quizá lo mismo podía decirse del hombre. Después, cuando su campamento llegase a la Reunión de Verano, sería interesante hablar con el Campamento del León, y los mamuts sin duda dirían algo acerca de aquellos dos. Era más fácil creer en la magia que en la absurda idea de que se podía domesticar a los animales.

Mientras se consultaban, se produjeron ciertas discrepancias. La mujer se sentía incómoda; los forasteros la turbaban. Si hubiese pensado en el asunto, quizá habría reconocido que tenía miedo. No le agradaba estar cerca de una manifestación tan clara de poder oculto, pero imperó el criterio de sus compañeros. El hombre habló.

—Este lugar, donde se unen los ríos, es bueno para acampar. Hemos tenido buena caza y un rebaño de venados gigantes viene hacia aquí. Llegarán dentro de pocos días. No nos oponemos si decidís acampar cerca y os unís a nosotros en la caza.

—Apreciamos el ofrecimiento —dijo Jondalar—. Podemos acampar cerca por esta noche, pero debemos partir por la mañana.

Era un ofrecimiento prudente, no precisamente la bienvenida que a menudo le habían dispensado otros extraños, cuando él y su hermano viajaban juntos a pie. El saludo formal, transmitido en nombre de la Madre, ofrecía más que hospitalidad. Era una invitación a unirse al resto, a permanecer con ellos y convivir un tiempo. La invitación más limitada del hombre revelaba su incertidumbre, pero, por lo menos, ya no seguían amenazándolos con sus lanzas.

—Entonces, en nombre de Mut, por lo menos esta noche compartid la cena con nosotros y comed con nosotros también por la mañana.

Hasta ahí el jefe podía darles la bienvenida, y Jondalar intuyó que le habría gustado ofrecer más.

—En nombre de la Gran Madre Tierra, nos alegrará cenar con vosotros esta noche, después de preparar nuestro campamento —aceptó Jondalar—; pero debemos partir temprano.

—¿Por qué tenéis tanta prisa?

La franqueza que era típica de los mamutoi le sorprendió, a pesar del tiempo que había convivido con ellos, sobre todo porque provenía de un extraño. La pregunta del jefe hubiera parecido un tanto descortés en el pueblo del zelandoni; no una indiscreción grave, sino solo un signo de inmadurez o de falta de aprecio por el lenguaje más sutil e indirecto de los adultos sensatos.

Pero Jondalar había aprendido que el candor y la franqueza eran cualidades apropiadas a los ojos de los mamutoi, y que la falta de franqueza era sospechosa, pese a que las actitudes de los mamutoi no eran tan absolutamente francas como parecían. Había sutilezas. Todo consistía en el modo en que uno expresaba la franqueza, de qué forma era acogida esta y lo que no se decía. Pero la curiosidad franca del jefe de este campamento coincidía completamente con el estilo de los mamutoi.

—Vuelvo a casa —dijo Jondalar—, y llevo conmigo a esta mujer.

—¿Por qué un día o dos son importantes?

—Mi hogar está muy hacia el oeste. Me marché hace... —Jondalar se interrumpió para contar— cuatro años, y el regreso me llevará otro año, si tenemos suerte. Hay algunos pasos peligrosos, ríos y hielos, en el camino, y no quiero llegar en la peor estación.

—¿Vais hacia el oeste? Pensaba que os dirigíais hacia el sur.

—Sí. Buscamos el mar de Beran y el Río de la Gran Madre. Remontaremos su curso.

—Mi primo fue al oeste para traficar hace unos años. Dijo que algunos viven cerca de un río al que también llaman la Gran Madre —explicó el hombre—. Creía que era el mismo. Desde aquí viajaron hacia el oeste. Todo depende de cuándo quieras remontar el curso, pero hay un pasaje al sur del Gran Hielo, aunque al norte de las montañas, hacia el oeste. Puedes acortar mucho tu viaje si sigues este camino.

—Talui me habló de la ruta del norte, pero nadie parece saber con seguridad si es el mismo río. Si no lo es, puede llevarme más

tiempo tratar de encontrar el camino. Vine por el sur y conozco esa ruta. Además, tengo parientes en el Pueblo del Río. Mi hermano se unió con una mujer sharamudoi y yo viví con ellos. Me agradaría verlos otra vez. No es probable que vuelva a encontrarlos.

—Traficamos con el Pueblo del Río... Creo haber oído hablar de unos forasteros, hace un año o dos, que vivían con ese grupo, y de una mujer mamutoi. Ahora que pienso en ello, eran dos hermanos. Los sharamudoi tienen distintas costumbres para formar pareja, pero, según recuerdo, ella y su compañero debían reunirse con otra pareja, supongo que era una forma de adopción. Invitaron a todos los parientes mamutoi que quisiesen acudir. Algunos fueron, y después uno o dos regresaron.

—Ese era mi hermano, Thonolan —dijo Jondalar, complacido porque el relato tendía a ratificar su versión, aunque aún no podía pronunciar el nombre de su hermano sin experimentar dolor—. Fue su ceremonia matrimonial. Se unió a Jetamio, y formaron uniones cruzadas con Markeno y Tholie. Tholie fue la primera que me enseñó a hablar mamutoi.

—Tholie es mi prima lejana, ¿y tú eres hermano de uno de sus compañeros? —El hombre se volvió hacia su hermana—. Thurie, este hombre es pariente. Creo que debemos darles la bienvenida. —Sin esperar respuesta, dijo—: Soy Rutan, jefe del Campamento del Halcón. En el nombre de Mut, la Gran Madre, os damos la bienvenida.

La mujer no tenía alternativa. No podía avergonzar a su hermano negándose a ofrecer la misma bienvenida, aunque en ese momento pensó en varias cosas que le diría a solas.

—Soy Thurie, jefa del Campamento del Halcón. En nombre de la Madre, te doy la bienvenida. En verano tenemos el Campamento del Espolín.

No era la acogida más cálida que Jondalar había recibido. Percibió una actitud reservada y cierta restricción. Ella le daba la bienvenida a aquel lugar concreto, pero se trataba de un campamento provisional. Jondalar sabía que la denominación del Campamento del Espolín designaba un campamento cualquiera de los que se organizaban durante la cacería estival. Los mamutoi eran sedentarios en invierno, y aquel grupo, como el resto, vivía en un campamento o comunidad permanente formado por uno o dos refugios semisubterráneos, o por varios refugios más pequeños, a los que denominaban Campamento del Halcón. Ella no le daba la bienvenida a aquel lugar.

—Soy Jondalar de los zelandonii y te saludo en nombre de la Gran Madre Tierra, a quien llamamos Doni.

—Tenemos lugares para dormir en la tienda del Mamut —continuó Thurie—, pero no sé qué haremos con los... animales.

—Si no os importa —dijo Jondalar, en una actitud cortés—, para nosotros sería más fácil organizar cerca nuestro propio campamento, en lugar de quedarnos aquí. Apreciamos vuestra hospitalidad, pero los caballos necesitan pastar, y como conocen nuestra tienda, volverán allí. Podrían inquietarse si tienen que entrar en vuestro campamento.

—Por supuesto —dijo Thurie, aliviada. También ella se hubiera sentido nerviosa.

Ayla comprendió que ella también necesitaba intercambiar bienvenidas. Lobo parecía observar una actitud menos defensiva y Ayla probó a aflojar un poco su vigilancia. Pensó: «No puedo permanecer aquí, sosteniendo a Lobo». Cuando se incorporó, Lobo intentó saltarle encima, pero ella le ordenó que se echara.

Sin extender la mano ni ofrecerle un mayor acercamiento, Rutan le dio la bienvenida a su campamento. Ella correspondió debidamente al saludo:

—Soy Ayla de los mamutoi —dijo, y añadió—: Del Hogar del Mamut. Te saludo en el nombre de Mut.

Thurie agregó su bienvenida y se las ingenió para limitarla solo a aquel lugar, como había hecho con Jondalar. Ayla respondió con fría cortesía. Habría deseado que hubieran mostrado más cordialidad, pero no podía criticarlos. La idea de que los animales viajaran por su propia voluntad con la gente les debía de resultar temible. Comprendió que no todos aceptarían como Talut esta extraña innovación, y con una punzada de dolor sintió la ausencia de la gente a la que había amado en el Campamento del León.

Ayla se volvió hacia Jondalar:

—Ahora Lobo ya no tiene una actitud tan protectora. Creo que me obedecerá, pero necesito tener algo que lo contenga mientras merodea alrededor de este campamento, y después para retenerlo en el caso de que nos crucemos con otras personas —dijo en zelandoni, pues prefería no hablar con absoluta franqueza acerca del Campamento de los Mamutoi, aunque hubiera deseado poder hacerlo—. Quizá algo parecido a esa cuerda que fabricaste para Corredor. Hay muchas cuerdas y correas sueltas en el fondo de uno de mis canastos. Le enseñaré que no debe arrojarse así sobre los extraños; tiene que aprender a quedarse donde yo le diga.

Sin duda, Lobo había comprendido que levantar las lanzas significaba un gesto amenazador. Ayla apenas si podía censurarlo por saltar en defensa de la gente y los caballos que formaban su extraña manada. Desde su punto de vista era una actitud completamente comprensible; pero eso no quería decir que fuese aceptable. No podía enfrentarse a todas las personas que encontraran en el curso del viaje como si fueran lobos forasteros. Ayla tenía que enseñarle a modificar su conducta, a tratar con menos agresividad a los desconocidos. Incluso mientras concebía esta idea, Ayla se preguntó si habría otras personas capaces de comprender que un lobo podía responder a los deseos de una mujer, o que un caballo podía permitir que un humano montase sobre él.

—Quédate con él. Traeré la cuerda —dijo Jondalar.

Sin dejar de sostener la cuerda que sujetaba a Corredor, pese a que el potro se había calmado, Jondalar buscó la correa en los canastos que cargaba Whinney. La hostilidad del campamento se había atenuado y la gente parecía apenas más cautelosa de lo que se hubiera mostrado respecto a otros forasteros cualesquiera. Por su modo de observar, el temor parecía haberse convertido en curiosidad.

Whinney también se había calmado. Jondalar la rascó y palmeó, hablándole con afecto mientras revisaba los canastos. Sentía mucho cariño por la robusta yegua, y aunque le agradaba mucho el espíritu brioso de Corredor, admiraba la serena paciencia de Whinney. La yegua ejercía un efecto calmante sobre el joven corcel. El hombre ató la cuerda de Corredor a la correa que sujetaba los canastos que cargaba Whinney. Jondalar deseaba a menudo que le hubiera sido posible controlar a Corredor lo mismo que Ayla controlaba a Whinney, sin freno ni cuerda. Pero a medida que cabalgaba, descubría la sorprendente sensibilidad de la piel del caballo, mejoraba su estilo ecuestre y comenzaba a guiar a Corredor mediante la presión y la postura.

Ayla pasó al lado opuesto de la yegua, acompañada por Lobo. Al entregarle la cuerda, Jondalar le habló en voz baja.

—Ayla, no es necesario que permanezcamos aquí. Aún es temprano. Podemos encontrar otro lugar a orillas de este río o de cualquier otro.

—Creo que es conveniente que Lobo se acostumbre a la gente, y sobre todo a los extraños, e incluso si ellos no se muestran demasiado amistosos, deseo visitarlos. Jondalar, son mamutoi,

pertenecen a mi pueblo. Quizá ellos sean los últimos que vea. Me pregunto si asistirán a la Reunión de Verano. Tal vez podamos enviar con ellos un mensaje al Campamento del León.

AYLA Y JONDALAR instalaron su propio campamento a poca distancia del Campamento del Espolín, río arriba, a orillas del importante afluente. Retiraron los bultos de los caballos y los dejaron en libertad para pastar. Ayla experimentó un momento de inquietud cuando vio que desaparecían en la bruma movediza y polvorienta, alejándose del campamento.

La mujer y el hombre habían avanzado por la orilla derecha del ancho río, pero a cierta distancia de la corriente. Aunque en general se deslizaba hacia el sur, el río seguía un curso sinuoso a través del paisaje, serpenteando mientras cavaba un profundo foso en la llanura lisa. Si se mantenían en las estepas que se extendían a cierta altura sobre el valle del río, los viajeros podían seguir un camino más directo, pero se verían expuestos al viento implacable y a los efectos más crueles del sol y la lluvia en terreno abierto.

—¿Este es el río del que nos hablaron? —preguntó Ayla mientras desenrollaba las pieles para dormir.

El hombre hundió la mano en una de las dos canastas y extrajo un pedazo liso y bastante ancho de colmillo de mamut, con marcas talladas. Dirigió la mirada hacia el sector del cielo descolorido que resplandecía con una luz de una intensidad insoportable, aunque difusa, y después hacia el paisaje más oscuro. Era el final de la tarde, no había duda, pero no podía arriesgarse a decir mucho más.

—Ayla, no hay forma de saberlo —dijo Jondalar, y devolvió el mapa a su lugar—. No puedo ver señales, y estoy acostumbrado a juzgar la distancia recorrida con mis propias piernas. Corredor avanza con diferente paso.

—¿Realmente nos llevará un año entero llegar a tu casa? —preguntó la mujer.

—No estoy seguro. Depende de lo que encontremos en el camino, de los problemas con que tropecemos, de la frecuencia con que nos detengamos. Si conseguimos regresar a los zelandonii a estas alturas del año próximo, podremos considerarnos afortunados. Ni siquiera hemos llegado al mar de Beran, donde termina el Río de la Gran Madre, y tendremos que seguirlo hasta alcanzar la fuente del glaciar, y después continuar —dijo Jondalar. Sus ojos, de un azul

intenso y de una viveza inusual, tenían una expresión inquieta y su frente presentaba las consabidas arrugas de la preocupación.

—Tendremos que atravesar algunos ríos anchos; sin embargo, lo que más me inquieta es ese glaciar. Tenemos que cruzarlo cuando el hielo esté completamente sólido, es decir, antes de la primavera, y eso siempre es imprevisible. En esta región sopla un fuerte viento del sur que puede compensar en un día el frío más intenso. Y entonces, la nieve y el hielo de la superficie se funden, quebrándose como madera podrida. Se abren grandes grietas y la nieve que las cubría se derrumba. A través del hielo fluyen arroyos, incluso ríos de agua como resultado del hielo derretido, y que a veces desaparecen en profundos agujeros. Entonces se crea una situación muy peligrosa, y puede suceder de repente. Ahora estamos en verano, y aunque el invierno parezca muy lejano, tenemos que viajar mucho más de lo que crees.

La mujer asintió. No tenía sentido pensar siquiera en lo que les llevaría el viaje o lo que ocurriría cuando llegasen. Mejor era pensar en cada día y hacer planes solo para un día o dos. Era mejor no inquietarse por la gente de Jondalar ni preguntarse si la aceptarían como a uno de ellos, igual que habían hecho los mamutoi.

—Ojalá cesara de soplar el viento —comentó.

—Yo también estoy cansado de comer tierra —dijo Jondalar—. ¿Por qué no vamos a visitar a nuestros vecinos y vemos si nos dan algo mejor?

Llevaron a Lobo con ellos cuando regresaron al Campamento del Espolín, pero Ayla lo mantuvo a su lado. Se unieron a un grupo reunido alrededor de una hoguera, donde se asaba un gran cuarto trasero. Al principio, la conversación tardó un poco en entablarse, pero no pasó mucho rato para que la curiosidad se convirtiese en cálido interés y la reserva temerosa diera paso a una charla animada. Las pocas personas que habitaban aquellas estepas periglaciares casi no tenían oportunidad de conocer a otra gente, y la excitación provocada por esta reunión casual impulsaría las discusiones y sería tema de comentarios durante mucho tiempo en el Campamento del Halcón. Ayla trabó amistad con varias personas, y sobre todo con una joven que tenía una niña pequeña, aunque ya en edad de sentarse sin ayuda y de reír ruidosamente, algo que encantó a todos, pero sobre todo a Lobo.

La joven madre al principio se inquietó cuando el animal buscó a la niña para concederle su atención solícita, pero cuando los lamidos entusiastas de Lobo provocaron la risa complacida de la

pequeña, y el animal mostró una suave moderación, pese a que la pequeña le cogía puñados de pelo y trataba de arrancárselos, todos se sintieron sorprendidos.

Los restantes niños quisieron tocarlo y poco después Lobo jugaba con ellos. Ayla explicó que Lobo había crecido con los niños del Campamento del León y probablemente los echaba de menos. Siempre se había mostrado muy delicado con los más pequeños, o con los débiles, y parecía conocer la diferencia entre el pellizco demasiado entusiasta y sin mala intención de un niño pequeño y el tirón intencionado de la cola o la oreja propinado por un niño mayor. Permitía lo primero con paciente tolerancia, y respondía a lo segundo con un gruñido de advertencia, o un mordisco suave que no rasgaba la piel, pero demostraba que podría hacerlo.

Jondalar mencionó que poco antes habían salido de la Reunión de Verano, y Rutan les dijo que las reparaciones indispensables que habían debido realizar en su refugio habían demorado la partida de su grupo, pues, de lo contrario, ya estarían allí. Preguntó a Jondalar acerca de sus viajes y de Corredor, y la mayoría escuchaba. Parecían más renuentes a interrogar a Ayla, y esta no se prestó a hablar demasiado, aunque al Mamut le habría gustado llevarla aparte para comentar temas más esotéricos; ella, sin embargo, prefirió permanecer con el campamento. Incluso la jefa se mostró más tranquila y cordial cuando los dos visitantes retornaron a su propio campamento y Ayla le pidió que transmitiese su afecto y sus recuerdos al Campamento del León cuando finalmente llegaran para la Reunión de Verano.

Esa noche, Ayla permaneció despierta, pensando. Se alegraba porque no se había dejado arrastrar por su vacilación natural ante la perspectiva de incorporarse al campamento, cuyos miembros no le habían brindado una acogida demasiado cálida. Cuando se les ofreció la oportunidad de superar su temor a lo extraño o lo desconocido, aquella gente había demostrado interés y voluntad de aprender. Ella había comprendido también que viajar con acompañantes tan insólitos probablemente provocaría fuertes reacciones en todos los que se les cruzaran en el camino. No tenía idea de lo que podía esperar, pero no dudaba de que aquel viaje sería mucho más azaroso de lo que había imaginado.